

ECONOMIA Y CONTABILIDAD

Por GERMAN BERNACER

Jefe del Servicio de Estudios Económicos
del Banco de España

Discútese si el empleo de las Matemáticas constituye un método adecuado para la Economía. Según es frecuente en cuestiones de esta clase, los contendientes se suelen situar en posiciones extremas en que ni uno ni otro bando tiene razón. Tan absurdo es negar la posibilidad de hacer un uso fructífero del método matemático en problemas crematísticos, cuando el asunto es francamente cuantitativo, susceptible de traducirse numéricamente, como lo es llenar los tratados de Economía de curvas con las que se aspira a simbolizar el comportamiento teórico del espíritu humano, o por lo menos del espíritu económico, en los más variados casos, convirtiendo la Economía en una especie de Geometría del interés personal.

Parecerá una afirmación singular a primera vista, la de que las Matemáticas comenzaron por la Economía. Sin embargo, es lo cierto; las primeras nociones de la Ciencia de los números las adquirieron los hombres por sus aplicaciones a lo económico, es decir, contando las cosas que permutaban y estableciendo relaciones entre ellas. De las dificultades de esas relaciones nació el dinero, que en el fondo es una invención matemática para hacer más fáciles las cuentas; por algo se le llama *nummerario*. El dinero es la manera de medir, en unidades homogéneas, una cosa que en principio no es mensurable: las apetencias y preferencias de los seres humanos.

Es imposible numerar el valor psicológico que el individuo atribuye a cada cosa útil. Pero, socialmente, en una colectividad numerosa se llega, por el debate entre compradores y vendedores, a cifrar en una cantidad, en un precio, la estimación relativa que alcanza cada cosa para el conjunto de los hombres de aquel grupo. Y cuando los mercados se ensanchan y universalizan, estableciéndose relaciones entre ellos, los valores se refieren cada vez a zonas más amplias de la colectividad humana.

La Historia nos dice que fueron los pueblos mercantiles quienes realizaron los mayores progresos matemáticos. La numeración decimal, que llamamos arábiga, fué al parecer invención fenicia. Las

razas semitas y, en general, los pueblos orientales, fueron por lo regular buenos matemáticos. Su proverbial fantasía no les impidió —y no sabemos si acaso les favoreció— para penetrar en esa rama del saber. Al mismo tiempo fueron dados al comercio y diestros en asuntos económicos. También los griegos fueron buenos matemáticos al par que muchos comerciantes, y es muy probable que a los navegantes helenos, pacíficos y mercantiles, se debiera la importación en Grecia de los primeros rudimentos matemáticos. En cambio, los romanos, más guerreros que industrioses, se destacaron poco en Matemáticas; su propio sistema de numeración era el menos adecuado para eso.

Si cabe aplicar en Psicología aquella ley de la Embriología, según la cual la gestación de los seres reproduce abreviadamente las etapas de la evolución filogénica, y considerar la evolución de la inteligencia individual como el espejo de su evolución histórica, el hecho se ve también confirmado, pues las gentes de cultura rudimentaria y los niños se despiertan intuitivamente a las nociones aritméticas a través de las cuentas de compras y ventas con que suelen estar en contacto. Y todos hemos conocido personas desconocedoras incluso de la numeración, que ajustan con sorprendente fino sus elementales cálculos mercantiles por operaciones mentales y valiéndose a veces de algún sistema auxiliar de representación simbólica de su propia invención. Para las gentes vulgares la instrucción se compone de leer, escribir y *cuentas*; cuentas son los rudimentos necesarios de Aritmética para su contabilidad de ingresos y gastos, de compras y ventas.

En tal sentido puede decirse que la Aritmética y, en consecuencia, toda la rama analítica de las Matemáticas, nació de la Economía, como la Geometría toma su origen de la Agrimensura, y ésta, de la propiedad territorial, otra institución también económica.

Aunque lo económico, como cosa humana, pertenece en el orden de las ciencias a lo más evolucionado y complejo, ya que es fruto del alma del hombre, término y coronamiento de la Naturaleza,

precisamente por ser el linaje de actividad que se halla más cerca del hombre, de todos los hombres, constituye en el ser social lo primero que atrae su interés y despierta su sensibilidad e inteligencia. Según un filósofo español, el catalán Ramón Turró, el origen del conocimiento se encontraría en el hambre, o de una manera más exacta, aunque menos llana, en las necesidades tróficas del ser viviente. Pues lo que el hambre es para el individuo, lo es en este aspecto lo económico para el sujeto social, porque constituye el orden de relaciones con sus congéneres que le permite saciar las apetencias básicas de su organismo.

* * *

Los matemáticos miran a la Contabilidad con el altivo desprecio que una princesa puede sentir por una cocinera. Sin embargo, la despreciada Contabilidad es probablemente la madre de su ciencia. Lo mejor del mundo tiene a veces el origen más humilde. Es la lección de modestia que el Salvador quiso darnos naciendo en un pesebre.

Mas no son tan sólo los matemáticos quienes profesan un despectivo menosprecio por el modesto arte del Debe y el Haber. También algún economista lo mira por encima del hombro. He aquí lo que, hablando de las fórmulas monetarias de Keynes, dice un crítico encarnizado de sus doctrinas, el holandés Thardus Greidanus: «Su obra (la de Keynes) es la economía del tenedor de libros, no la del economista; ni el mayor de los genios encontrará nunca por ese camino las causas reales de las variaciones económicas (1)».

De ese pecado que Greidanus atribuye a Keynes me he de confesar el primer culpable, pues ocho años antes que el autor inglés incurri en el mismo desvarío, si lo es.

Vengamos a cuentas. ¿Es justo condenar un método porque consista en una teneduría de libros? ¿No será un afán excesivo de dogmatizar?

Si se tratara de desvelar algún

(1) T. G. The development of Keynes Economic Theories. Londres, 1929, página 19.

secreto del Universo, sin duda sería un método inadecuado. Pero proponiéndose una cosa tan modesta como saber por qué sube y baja el valor de la moneda, no se comprende que se decreta a priori la infecundidad del método por la razón peregrina de que es una teneduría de libros.

Mirándolo bien, la moneda no es otra cosa que un sistema de contabilidad, una contabilidad *por fichas*, en vez de una contabilidad *por cuentas* que resultaría poco práctica para algo tan vasto como la hacienda comunal de los hombres. Las piezas de moneda (metal o papel) en nuestro bolsillo son las fichas que nos indican cuánto *acreditamos*, cuánto tenemos en nuestro haber y podemos retirar todavía del acervo social. Por un sistema parecido se lleva la cuenta, en los grandes casinos internales, de las ganancias y pérdidas de los jugadores mediante fichas de marfil, que son las monedas de las salas de juego.

De pequeño oí contar a mi padre el sistema de contabilidad que usaba un comerciante tan rico como iletrado, que conociera en su juventud. Consistía en tener varios sacos que correspondían a las diversas ramas de su comercio. El dinero de las ventas lo metía en el saco correspondiente y también del mismo saco sacaba el dinero para los pagos correlativos. Cuando liquidaba todo el género de una de las ramas de su negocio, contaba el dinero de aquel saco; eran las ganancias.

El sistema no tenía mucho de económico, pues entretenía un capital completamente improductivo. Pero nos muestra en pequeño lo que en grande es la contabilidad social llevada por *fichas monetarias*. Las fichas de cada persona son su haber, su saldo acreedor, y según un criterio materialista que impera en ciertos medios mercantiles, lo que el hombre *vale*.

El comerciante culto substituye los sacos por libros y por cifras inscritas en ellos, con lo cual suple ventajosamente el dinero entretenido en aquella contabilidad primitiva. De un modo semejante se suple en la contabilidad social gran parte del dinero llevando los individuos las disponibilidades que habrían de tener inactivas en sus cajas a los bancos, los cuales llevan la cuenta de lo que cada uno acredita o adeuda. Entonces, mediante cheques y otras combinaciones bancarias se puede cobrar y pagar sin monedas.

¿Qué se ha hecho en este caso si no substituir un sistema de cuentas por otro, las fichas por las cuentas, como antes se habían substituído las fichas de metal por las de papel? El dinero es suplido así por la teneduría de libros. ¿Podría hacerse esto si no se tratara de dos cosas análogas en el fondo? ¿Quién puede afirmar temerariamente que la ciencia del tenedor de libros es un método inadecuado para seguir las fluctuaciones del valor de una cosa, que es en esencia un régimen de cuentas? Probablemente es el único método idóneo para tratar el problema.

Reivindico, pues, contra sus detractores, el rango de la Contabili-

dad como rama ancestral de la Matemática y como método de investigación. No hagamos de ella ninguna ciencia infusa. Es algo meramente utilitario, pero que puede ser muy útil, incluso como disciplina de razón. Sus métodos no son los altísimos del cálculo integral; son más bien los de la cuenta de la vieja, que si no nos llevan muy lejos, nos llevan con seguridad. No sé si los genios descubrirán algo por ese camino, más los que no lo somos quizás sí.

Y conste que no me guía en esta defensa de la contabilidad ninguna debilidad afectiva por ella, pues no llevo ni las pocas cuentas que requeriría mi exiguo peculio.